

Un invitado inesperado & Al abordaje

Víctor Mestre Pérez



Capítulo 1

Un invitado inesperado

Carlitos, sentado en el gran sofá de la biblioteca del hotel donde se hospedaba, tomó el presente que su padre Juan le había entregado y lo escrutó con extrañeza. De arriba a abajo, de izquierda a derecha, por delante y por detrás... Carlitos contempló el objeto que tenía entre las manos, intentando descubrir lo que lo hacía tan especial. Cansado, se volvió hacia su padre y preguntó.

—¿Y dices que esta cosa me hará viajar a tierras maravillosas y desconocidas? ¿Un... libro?

Juan posó la mano sobre el hombro de su hijo y dijo.

—Bueno, no un libro en concreto, sino, más bien, todos los libros en general.

—¿Los libros?

—¡Claro! ¡Los libros! ¿Acaso conoces tú un medio que te permita viajar a tierras lejanas, visitar el pasado de nuestra civilización, o incluso el futuro?

Carlitos escuchó con curiosidad a su padre.

—¿Sabes de algún medio que te permita vivir grandes aventuras, temblar de miedo, conocer el amor verdadero, y que te quepa en la palma de la mano?

Carlitos negó con la cabeza.

—¿No? Pues todo eso lo encontrarás aquí, en los libros —dijo Juan mientras señalaba el libro que le había entregado a Carlitos—. Dale una oportunidad.

Juan salió de la biblioteca y dejó a solas a Carlitos.

—"La isla del Tesoro" —leyó el niño—. Suena... interesante.

—¡Así es, joven grumete! —asintió un hombre de tez morena, barba rala y pata de palo que estaba sentado en el sofá de enfrente—. Démosle una oportunidad, ¡aaaarrggghhhh!

Al abordaje

Las bolas de metal volaron sobre sus cabezas a la velocidad del rayo. Y allí donde impactaban, la madera estallaba en una nube de astillas. El capitán del navío, un hombre rudo, de panza abultada, parche en el ojo y pata de palo, agarró a un joven marinero que estaba cargando una bola en uno de los cañones de estribor y lo llevó a la cubierta principal.

—¡Vale, mequetrefe! ¡Quiero que me escuches bien porque no te lo voy a repetir otra vez!

—¡Sí, señor!

Un marinero, vestido con un uniforme negro, saltó sobre el capitán de la pata de palo con su espada desenfundada. Este, sin apenas inmutarse, sacó un trabuco y le descerrajó un disparo.

—¡Casi acaba con nosotros! —exclamó el joven marinero.

—¡Tu lo has dicho... "casi"! —el capitán del navío metió la mano en su abrigo y de este sacó un pergamino. Se lo tendió y dijo—. Aquí está el mapa donde indica la posición del botín. Ve a esa barcaza, bájala hasta la línea de flotación y no pares de remar hasta que nos pierdas en el horizonte. Nos encontraremos en la isla.

—¿Y si no?

—En ese caso, recuerda: "la X marca el lugar".

El joven marinero asintió, se dio la vuelta y corrió hasta la barcaza, sin tiempo para despedirse y sin mirar atrás. Pero antes de que pudiera alcanzarla, un brazo le agarró del hombro y preguntó.

—¿Qué tal el libro, Carlitos? —preguntó su padre.

—Mejor de lo que esperaba.